



Artículo de opinión

Resiliencia y pobreza en el marco de los procesos educativos

Resilience and poverty in the framework of educational processes

Fredy Rodríguez Canales^{1,a}

Antonieta del Pilar Uriol^{1,b}

¹ Universidad Nacional de Huancavelica, Perú

^a ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7663-9228>

fredy.rodriguez@unh.edu.pe

¹ Universidad Nacional de Huancavelica, Perú

^b ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3628-6410>

antonieta.uriol@unh.edu.pe

Información

Recibido: 10/10/2023.

Aceptado: 12/11/2023.

Palabras clave:

Resiliencia humana,
pobreza social,
procesos educativos,
pro resiliencia.

Resumen

Sobre la base de las observaciones en el desempeño profesional, la docencia y la interacción cotidiana con pueblos catalogados en condición de pobreza o extrema pobreza en el Perú, los autores postulan que, en la lucha para la mitigación de las carencias y necesidades insatisfechas en que subyacen generacionalmente la mayoría de sus pobladores, la resiliencia humana debe ser entendida como la capacidad universal, individual o comunitaria para sobreponerse a las adversidades y construirse positivamente sobre ellas. En este fenómeno, conjuga competencias de orden afectivo, social, emocional, espiritual y cognitivo, que deben ser tomados en cuenta en la formulación y ejecución de estrategias en las políticas públicas, programas y sistemas educativos en todos sus niveles, de tal forma que estos promuevan los condicionantes psicosociales favorables a la resiliencia, tales como: otorgarle sentido a lo que se hace y se es, buen sentido del humor, autoanálisis, autonomía, interacción social cordial y empática, brindar y recibir afecto, autoestima positiva, identidad con sentimientos positivos de pertenencia, proactividad, y creatividad.

Information

Keywords:

Human resilience,
social poverty,
educational processes,
pro-resilience.

Abstract

Based on observations in professional performance, teaching and daily interaction with people classified as living in poverty or extreme poverty in Peru, the authors postulate that in the fight to mitigate the deficiencies and unmet needs in which generationally underlying the majority of its inhabitants, human resilience must be understood as the universal, individual or community capacity to overcome adversities and build positively on them. In this phenomenon, they combine affective, social, emotional, spiritual and cognitive competencies, which must be taken into account in the formulation and execution of strategies in public policies, programs and educational systems at all levels, in such a way that these promote psychosocial conditions favorable to resilience, such as: Giving meaning to what one does and is, Good sense of humor, Self-analysis, Autonomy, Cordial and empathetic social interaction, Giving and receiving affection, Positive self-esteem, Identity with positive feelings of belonging, Proactivity, and Creativity.

INTRODUCCIÓN

En el periodo de 1990 a 2015, las personas en el mundo que subsistían en condición de extrema pobreza disminuyeron del 36 % a un 10 % pero, fue la crisis del COVID-19 que puso en retroceso tal avance en la lucha frente a la pobreza. Al respecto Sumner (2020) en el análisis sobre la advertencia del Instituto Mundial de Investigaciones de Economía del Desarrollo de la Universidad de las Naciones Unidas indican que, las consecuencias económicas de la pandemia mundial podrían incrementar la pobreza en todo el mundo hasta llegar a afectar a 500 millones

de personas más, o lo que es lo mismo, a un 8 % más de la población mundial total, siendo la primera vez que la pobreza en el mundo podría haber aumentado en 30 años, desde 1990.

En este contexto, cobra especial importancia la resiliencia, que es una capacidad inherente a todos los seres humanos que les permite afrontar y superar las adversidades. La resiliencia supone una reestructuración en las dimensiones afectiva, social, emocional, espiritual y cognitiva que facilita que las personas y colectividades desarrollen competencias para afrontar con éxito las circunstancias de la vida, muchas veces adversas y problemáticas, como pueden ser las ocasionadas por la pobreza en que subsisten, mayoritariamente la población humana. Por tanto, resulta apremiante que se definan nuevos paradigmas y de entendimiento gnoseológico sobre el desarrollo humano y sus determinantes que enfatizen el potencial de las personas y de la sociedad. Las personas, las colectividades y los gobiernos, como parte de su gestión, deben compartir responsabilidades en la incorporación transversal de los principios de la resiliencia, ya sea de forma tácita o explícita, en el ámbito familiar, en las instituciones educativas, los ministerios, las organizaciones de gobierno y las organizaciones no gubernamentales (Piaggio, 2009).

El presente análisis tiene como objetivo resaltar la importancia de las fortalezas internas que les son inherentes a toda persona humana y que les permiten orientar su existencia en un sentido individual y compartido por la senda del bienestar, así como superar el estatus de subsistencia, los que pueden ser provocados por factores como la pobreza. Asimismo, se propone enfatizar que la resiliencia debe ser promovida en todos los ámbitos, tanto del estado como de la sociedad civil, comunidades religiosas, como también de forma individual.

La resiliencia, vista como una herramienta ante la pobreza, la entendemos como un recurso fundamental para promover favorablemente el cambio de la existencia de las personas y poblaciones que subsisten en esta condición; en tanto les permitirá sentirse más predispuestos afectiva, emocional, espiritual, conductual y cognitivamente para enfrentar las crisis y contribuir a su crecimiento económico y social sostenible. La resiliencia facilitará a que las personas pobres puedan invertir en sí mismos y en sus familias, crear y aprovechar las oportunidades para una mejor vida, siendo, para tal efecto, de fundamental importancia que las políticas públicas, estrategias, planes, programas y los procesos educativos incorporen en un sentido transversalizado la promoción de los factores psicosociales pro resilientes como: otorgarle sentido a lo que se hace y se es; el buen sentido del humor; el autoanálisis; la autonomía; la interacción social, cordial y empática; el brindar y recibir afecto; la autoestima positiva; la identidad con sentimientos positivos de pertenencia; la proactividad y la creatividad.

CONTENIDO

Las potencialidades del ser humano

A finales siglo pasado, emergió la “Psicología positiva”, que se diferenció de los paradigmas de la psicología vigente hasta ese momento cuyo interés estaba enfocado principalmente al análisis e indagación para la atención, tratamiento y corrección de los comportamientos anómalos o patológicos (Alarcón, 2009).

La psicología positiva hace énfasis en que las personas pueden desarrollar un conjunto de competencias que les permitan encaminar sus vidas y de aquellos con quienes convive por la senda del bienestar. Para tal efecto, la psicología positiva se interesó en el análisis de las fortalezas y recursos inherentes a la condición humana. Esta rama de la psicología nace en los Estados Unidos en la década de los 80 a partir de las propuestas de Martín Seligman, reconociéndola como la ciencia que estudia la experiencia subjetiva y las emociones positivas propias del ser humano (Seligman y Peterson, 2007) o, como el estudio científico de las

fortalezas y virtudes humanas (Sheldon y King, 2001). Es esta psicología que comprobó y demostró que al ser humano le es inherente a su naturaleza un conjunto de potencialidades afectivas, socio emocionales, espirituales y cognitivas capaces de expresarse en conductas y comportamientos que los ayudarán a superar los obstáculos o sucesos problemáticos propios de su existencia. Son los deseos persistentes por vivir mejor, a pesar a las dificultades, lo que los convertirá en seres tenaces y resistentes ante la adversidad. La psicología positiva orienta su interés al estudio de estas capacidades.

Bajo esta mirada, la resiliencia humana radica en la fuerza de las personas para afrontar con éxito las adversidades. Los procesos educativos y programas de corte social en todos sus niveles, más aún en aquellas sociedades caracterizadas como pobres o en extrema pobreza, deben promoverla transversalmente como una estrategia de soporte en las respuestas de atención a las necesidades insatisfechas en que subyacen muchas poblaciones. Resulta, por tanto, imperativo que las nuevas generaciones incorporen a la resiliencia como parte de su repertorio de comportamientos y estilos de vida, hábitos, pensamientos y sentimientos que los impulsen a salir de la inercia y de aquel círculo vicioso que enmaraña la cultura de la pobreza (Rodríguez y Uriol, 2011).

Definiendo la resiliencia humana

El término resiliencia tiene su origen en la palabra latina *resilio* que significa resurgir y fue adaptada por la psicología y las ciencias sociales para explicar fenómenos presentes en ciertas personas quienes, a pesar de haber nacido y vivido en situaciones desfavorables, lograron desarrollarse psicológicamente sanos (Rutter, 1990). En ese sentido, se puede categorizar a la resiliencia como el conjunto de procesos sociales y psíquicos facilitadores para una vida saludable, pese a hallarse o haber vivido en un medio insano.

Haciendo síntesis concluyente de las muchas definiciones que se han dado al fenómeno de la resiliencia, podemos conceptualizarla como aquella capacidad humana universal de poner en práctica habilidades de orden afectivo, social, emocional, espiritual y cognitivos para sobreponerse a las adversidades y construirse positivamente sobre ellas, Desde esta perspectiva, la resiliencia también la entenderemos como la disposición facilitadora para que las personas se desenvuelvan en bienestar pese a estar viviendo o haber vivido infortunios de diversa índole.

¿Por qué educar y promover la resiliencia humana en las sociedades en pobreza?

La pobreza imposibilita la satisfacción de necesidades, lo cual trae consigo diferentes circunstancias difíciles que las personas tienen que enfrentar para poder sobrevivir y lograr bienestar, pero, ello no debe significar la desvalorización en su identidad y dignidad. Por el contrario, entender las dificultades desde la resiliencia implica resignificarlas como una oportunidad para el desarrollo constructivo de habilidades afectivas, emocionales, sociales, espirituales y cognitivas útiles para la vida.

Así, en todas partes del mundo se destacan emblemáticas experiencias de actitud resiliente, como se destaca en las exitosas historias de vida de empresarios, comerciantes o profesionales que surgieron de la marginación o el olvido y fueron capaces de forjar un mejor futuro para ellos, su familia y su comunidad. Un claro ejemplo son las 17 historias de vida presentadas en el libro, *Emprende empresa 1* (Ministerio de Trabajo y Promoción del Empleo, 2007), donde se indica que se trata de personas emprendedoras que tuvieron un sueño e ideal, fueron tras él sin vacilaciones, lograron transformar favorablemente su condición y, de paso, favorecieron a cambiar su realidad.

La educación debe estar orientada a generar en las personas la predisposición hacia un constante aprendizaje o reaprendizaje de competencias para responder con éxito a las demandas del mundo cambiante y, si se trata de poblaciones en riesgo o en condición de pobreza con mayor razón, siendo fundamental para tal efecto analizar los factores pro resilientes.

Los factores psicosociales pro resilientes

Determinar el por qué algunas personas salen airoas frente a situaciones difíciles mientras otros fracasan, se desalientan y abandonan sus metas, ha llevado a diferentes investigadores a estudiar los elementos que permiten a ciertas personas, familias o grupos afrontar con éxito y salir fortalecidos ante las circunstancias de vida difíciles.

Los diferentes programas sociales enfocados en la situación de pobreza, así como los sistemas educativos están llamados a tomar en cuenta al fenómeno de la resiliencia humana, ya que se trata de una herramienta para que las personas y los pueblos puedan afrontar los problemas sin caer en la desesperanza y el fatalismo; la subvaloración personal; la nostalgia y tristeza; escasa expresión de afecto y ternura en los padres y adultos; dificultades para autocontrolarse; desconfianza en la interacción social, en la metas y en los proyectos de vida; y primacía del locus de control externo, siendo todas estas características que predominan en los contextos de pobreza (Rodríguez y Uriol, 2023). A través de la resiliencia, las personas y los pueblos pueden resurgir como una cultura promotora del optimismo, el positivismo y actitudes constructivas frente a las circunstancias que son propias de la vida, como lo planteó Rutter (1990) cual legado de procesos sociales y psíquicos activadores para que las víctimas sean capaces de construir una existencia de bienestar en un maco de armonía, pese a ser parte o haber vivido en un contexto insano.

Las políticas públicas, estrategias, intervenciones de diversa índole frente a la pobreza o los procesos educativos deben ser los promotores para que los entornos socio – culturales, la familia y las personas se desenvuelvan en el ejercicio de los factores pro resilientes. En esta labor, juegan un rol fundamental los docentes, quienes deben promover la práctica de los elementos psicosociales favorecedores para la resiliencia como: otorgarle sentido a lo que se hace y se es; buen sentido del humor; autoanálisis; autonomía; interacción social cordial y empática; brindar y recibir afecto; autoestima positiva; identidad con sentimientos positivos de pertenencia; proactividad, y creatividad. A continuación, analizaremos todos estos elementos psicosociales favorecedores para la resiliencia:

Otorgarle sentido a lo que se hace y se es: Lograr éxito y sostenerlo en una existencia de bienestar implica desplegar acciones constantes y persistentes sobre la base de aspiraciones e ideales de mejora. Como lo señala Byrne (2007) toda práctica y todo accionar deben ir anunciadas de un pensamiento, debido a que este crea el lenguaje, los sentimientos y las acciones. De esta forma, las acciones serán poderosas cuando son los pensamientos los que las inducen.

Otorgarle sentido constructivo y positivo a lo que se hace en la vida, a pesar de las dificultades, es admitir que los problemas y crisis en la vida también brindan oportunidades para emprender hacia la consecución de resultados de mayor valor. Frankl (1979) en la búsqueda del sentido en la vida advirtió que el primordial impulsor para sobreponerse a la adversidad y librarse de las crueldades y sacrificios, es anhelar que los tiempos futuros serán mejores en tanto, quienes tengan motivos de vida estarán más dispuestos a soportar la fatalidad o infortunio.

Vivir con la esperanza por un mejor futuro y aspirar la felicidad como meta última equivale a vivir algo de libertad, por ser ahí donde reside la razón de lo que se hace y se es en la existencia. Para quienes se encuentran en situación de pobreza, superarla exige tener férrea motivación y

desplegar esfuerzos por encontrar mejores condiciones de vida tanto para sí mismos como para sus descendientes, debiéndose para ello deshacerse de los resentimientos del pasado. Buscar culpables obsesivamente por las circunstancias malas que sucedieron es crear resentimiento y odio, los cuales no son sentimientos favorables para el cambio, la superación y la trascendencia en la existencia. Encontrar un sentido en la vida permite que las personas encuentren más razones para superar, luchar y perseverarse en situaciones difíciles y sentirse más dispuestos a responder ante situaciones de adversidad, e incluso valorar las adversidades como una oportunidad para crecer y ser mejor (Opazo Castro, 2004).

Buen sentido del humor: Para Tychey (2005) el buen sentido del humor se convierte en un recurso intrapsíquico de defensa del yo cuando la persona se enfrenta a un sufrimiento. La persona recurre a la risa para protegerse marcando una distancia entre sí mismo y el hecho que le produce dolor, permitiendo de forma creativa y divertida bajar la intensidad de la situación que le produce incomodidad y displacer. El buen sentido del humor es la habilidad para hallar lo entretenido a pesar de la desdicha y así promover los motivos de logro por sobre el caos y el desorden. La alegría y la sonrisa serán los aliados para superar las dificultades que la vida otorga, y es propio de quienes poseen sentimientos de libertad para elegir la actitud que los oriente a desplegar acciones para superar las situaciones difíciles.

El reír y experimentar alegría son una de las mejores formas para mitigar y reconfortarse del sufrimiento. Los líderes, docentes y personas de significación afectiva al infundirlas contribuirán a que las personas de su alrededor se sientan bien ya que en la interacción y convivencia social los estados de ánimo son expresiones fácilmente contagiosas. Las relaciones joviales en el marco de la alegría son como vitaminas emocionales que alimentan y ayudan a superar los momentos más difíciles (Goleman, 2006). Contrariamente, cuando las personas aburridas, intolerantes y mal humoradas descargan ciertas conductas o respuestas explosivas hacia los otros en su interacción social, incrementan la incomodidad y el sufrimiento que en nada contribuyen a superar las situaciones difíciles.

Desde la perspectiva del bienestar afectivo, emocional, físico, espiritual y cognitivo, fomentar el buen sentido del humor favorece la salud. Quienes se consideran felices estarán más dispuestos a disfrutar lo bueno de la vida y ver el mundo con mayor optimismo y actitud positiva, vislumbrando motivos para sentirse satisfechos con lo que tienen y con lo que hacen. El buen sentido del humor es como el arma humana para contrarrestar el sufrimiento, Frankl (1979) es quien nombró a esta sensación como el “arte de vivir”.

Taylor, Bagby y Parker (1997) desde una mirada neuropsicológica plantean que las personas bajo estados de ánimo positivos son capaces de procesar mayor información. Los optimistas son los más proclives a vislumbrar mayores oportunidades y alternativas ante los problemas. Aquellas actitudes negativas cargadas de pesimismo, fatalismo y desesperanza, propias de la gente mal humorada, Rodríguez (2020) los identifica como “los incomprendidos”; es decir, aquellas personas que carecen de capacidad para optar por el buen sentido del humor y que, más bien, tienen un estado anímico muy cercano a la apatía, caracterizada por una incapacidad e impotencia para emprender acciones de cambio, rehacer o arreglar las cosas, poca proactividad y total desmotivación para buscar alternativas ante la incomodidad.

Autoanálisis: Exige desarrollar una capacidad reflexiva sobre su propio ser, y es una habilidad propia de quienes lograron desprenderse de todo arraigo negativo consecuencia de la pasividad y el conformismo. Si las personas carecen de actitud analítica y crítica, serán fáciles de ser manipulados y por ende proclives a seguir sin mayor reparo a otros, e incluso tomar decisiones por la presión del grupo sin mayor autonomía en sus objetivos o propósitos de vida.

Muchas de las conductas de pasividad por falta de autoanálisis y autocrítica son aprendidas desde temprana edad a través de la imitación de los modelos presentes en el entorno social y familiar que los rodea. Bandura (1987) denomina también a este fenómeno como el aprendizaje vicario. Las personas desde la temprana edad van adquiriendo hábitos y costumbres que determinarán su forma de pensar y actuar, lo que se manifestará en el hogar, la escuela, el centro laboral, el barrio y en todo entorno social con el que se vinculen. Desde la resiliencia, resulta favorable que las personas sean auto analíticas y accedan a la autocrítica para tomar conciencia de sus estilos de vida, hábitos, costumbres o patrones de comportamiento.

En muchos pueblos sumidos en la pobreza es posible apreciar que la autocrítica está mermada, pues, por ejemplo, se sobrevalora o se hace apología a expresiones culturales riesgosas para el bienestar y la salud, y que incluso atentan a los derechos fundamentales y la dignidad de las personas. Estas expresiones se materializan en contenidos de índole machista que denotan misoginia o desprecio a la mujer e incluso agresión contra ellas; promueven el consumo desmedido de licor “*hasta las últimas consecuencias*”; alientan actitudes y prácticas sanguinarias contra animales, juegos violentos o rituales de riesgo. En todas estas expresiones, se denota una absoluta carencia de autocrítica y autoanálisis, lo cual impide tomar conciencia de que se trata de prácticas peligrosas y dañinas; y, más bien se las considera como costumbres merecedoras de ser revaloradas y difundidas.

Ante las adversidades, los procesos educativos deben estar enfocados en valorar y cultivar en las personas y colectividades la actitud autocrítica, y así reconocer las potencialidades inherentes a todo ser humano. La importancia de una actitud autocrítica radica en que favorecerá a las personas a ser propositivos e involucrarse en la búsqueda de soluciones a sus problemas, y a partir de ello, los sistemas educativos podrán formar a los individuos en la autodeterminación lo que les permitirá desarrollar competencias para tomar decisiones en un ejercicio pleno de sus deberes, derechos y responsabilidades.

Autonomía: La capacidad de autonomía es la disposición de los individuos para actuar priorizando aquello que es más conveniente para cumplir sus objetivos, afrontando responsablemente las consecuencias de sus actos. Esta cualidad implica independencia en la toma de decisiones como consecuencia de un acto de reflexión, define el grado en que las personas, de modo consciente, voluntario y deliberado, realizan sus acciones (Carratalá, 2004). El resultado final de esta decisión serán los sentimientos de satisfacción o culpabilidad que son importantes y necesarios para la resiliencia, a fin de que las personas se empoderen en el ejercicio pleno de sus deberes y derechos.

Vista así la autonomía, serán ventajosas todas aquellas estrategias, políticas públicas y programas de desarrollo económico y social que induzcan a que sean las personas las constructoras de su propio destino. Esto es particularmente importante para las personas en situación de pobreza, para evitar que se conviertan en simples “beneficiarios” de programas asistenciales, los cuales pueden convertirlos en simples dependientes y receptores de dádivas que los harán proclives al clientelismo político.

Interacción social cordial y empática: Las investigaciones en el ámbito de la inteligencia emocional y social (Goleman, 2020) establecen que las personas con mayores perspectivas de solucionar sus problemas y alcanzar el éxito no son necesariamente aquellas que cuentan con los coeficientes intelectuales más altos; sino más bien quienes, de manera permanente y espontánea, muestran voluntad y disponibilidad positiva para el trabajo en equipo, mantienen relaciones interpersonales constructivas más estables y duraderas, son espontáneos en la expresión de sentimientos de afecto, tienen mejor adaptación al cambio, ejercen liderazgo constructivo y son capaces de manejar los conflictos en un marco de comunicación asertiva, y que, en su interrelación con los otros, son empáticos y escuchan el punto de vista ajeno, aunque

no necesariamente estén de acuerdo.

Para la resiliencia, las buenas relaciones interpersonales y el cultivo de amistad con las personas del entorno es una garantía para contar con mayores elementos de apoyo ante situaciones de adversidad, pues permiten contar con personas dispuestas a ofrecer respaldo, ayuda o soporte emocional ante situaciones de adversidad. La empatía, desarrollada desde temprana edad favorece la capacidad de poder advertir la necesidad de los otros, identificarse con ellos, solidarizarse con el dolor ajeno y favorece la comunicación con las demás. Las carencias de estas habilidades para interrelacionarse con cordialidad y empatía harán que las personas sean más proclives a la desconfianza, la indiferencia o la discordia. De ser los conflictos recurrentes pueden desencadenar en violencia.

Los mecanismos que sustentan la presencia de estas habilidades radican en las experiencias de dialogo y comunicación asertiva, respaldo socioemocional recibidas por el entorno familiar. La ausencia de estos elementos son el resultado de experiencias de maltrato, agresión, falta de afecto y cariño recibidos de los adultos con quienes se creció.

Autoestima positiva: La autoestima, define la manera como las personas y colectividades se perciben y valoran así mismos. Se construye por aprendizaje de las conceptos y sentimientos acerca de uno mismo, del nivel de seguridad y confianza sobre los actos, decisiones y de los propios atributos. La autoestima va paulatinamente condicionándose a través de mensajes de aceptación o rechazo recibidos, así como de experiencias vividas en un sentido de aliento o denigración.

Para Rodríguez (2020) la autoestima es una importante dimensión del mundo afectivo del ser humano, y se refiere a los sentimientos que tienen las personas para consigo mismos y cómo, a partir de ello, se proyectan en su relación con los demás y con el entorno. Un ejemplo que simboliza lo trascendental de la autoestima en el desempeño de las personas, es por ejemplo la siguiente analogía: dos personas con hambre se encuentran bajo un árbol de frutos agradables. Uno de ellos al ver los frutos en lo alto del árbol piensa con resignación: “¡Muy alto!”, “¿podré subir?”, “¡esto no es para mí!”, “¿si me desmorono?”, “¡qué difícil!”. Incluso formula situaciones destructivas como: “¡necesitaría un hacha o una sierra!”. Si es una mujer, podría tener concepciones como: “¡cómo no soy hombre!”. Mientras al otro lado, la otra persona al ver los frutos apetitosos, en su rostro transmite regocijo y agrado, y en sus pensamientos posiblemente se representen expresiones como: “¡qué bueno!”, “¡es mi oportunidad!”, “¡sí puedo!”, “¡debo lograrlo!”, y en su imaginación se visionen escenas constructivas, como “necesito una escalera” o la ayuda de amistades para escalar y coger los frutos para finalmente compartirlos.

Los modos de reacción ante las oportunidades estarán condicionados por el estado de su autoestima dado que, en ella residen sus perspectivas hacia la vida y ante sí mismos, así como la confianza y convencimiento respecto a sus decisiones y actos.

Gonzales Arratia López Fuentes (2018) en un estudio acerca de la autoestima, optimismo y resiliencia en niños en condición de pobreza de una escuela pública rural en México, comprobaron que las variables de autoestima y optimismo tienen un efecto directo sobre la resiliencia, por lo que es importante y útil incluirlos en los programas de intervención dirigidos a niños que viven en entornos de pobreza, a fin de promover labores en favor de su bienestar. Así también, en cuanto a la caracterización de las personas reconocidas como resiliente, Posada (1999) en Colombia, encontró que muchos niños en evidentes condiciones de riesgo social,

pese a tener muchas demandas insatisfechas, poseen altos niveles de autoestima, advierten sentirse protegidos y, confían férreamente que en el futuro vivirán mejor.

Identidad con sentimientos positivos de pertenencia: La pertenencia se refiere a los sentimientos de aprecio hacia aquello que les representa arraigo y está vinculada al legado de la familia y su grupo social. Se asocia a la identidad positiva y constructiva del “terruño querido” que involucra sentimientos de afecto, orgullo y gratitud hacia el lugar o la ciudad donde se nació, la institución educativa donde se formó, y el barrio o la casa donde se vivió. En respuesta a estos sentimientos, las personas expresan solidaridad y altruismo con disposición a protagonizar en causa común acciones de defensa y alternativas ante sus demandas o problemas.

Para fines de promover la resiliencia social, la educación en la identificación positiva respecto a la familia, la comunidad, la cultura y la historia deben sustentarse en la formación de una autoestima positiva que reafirme el orgullo de ser miembro de una importante y valiosa comunidad. Además, se debe fortalecer la capacidad de creer en uno mismo, emprender acciones para ser mejores y animarse a desafiar las dificultades y circunstancias propias de la vida sobre la base de una subjetividad fortalecida. Todo ello pasa por el entendiendo de que, ser diferentes culturalmente no implica ser menos, o ser sinónimo de pobreza o carencia de autoestima y dignidad.

Proactividad: Las personas proactivas son quienes, ante lo inesperado y desagradable, evitan reacciones emocionales negativas. Por el contrario, actúan por propia decisión indagando nuevas alternativas, se anticipan en sus pensamientos y juicios sobre los resultados que esperan lograr en un futuro inmediato, a efectos de ejecutar acciones para prevenir o minimizar los posibles resultados negativos. Los proactivos deciden por sí mismos, y no están sujetos o condicionados ante situaciones externas.

Las personas proactivas serán menos tendientes a responsabilizar a otros por lo malo que les suceda o no les suceda, diferenciándose de las personas reactivas que dejan transcurrir el tiempo a la expectativa de lo que suceda o aguardan la “última hora” para actuar ante las circunstancias. En las personas reactivas, son muy frecuentes expresiones como “*ya veremos lo que pasa*” o “*en el momento lo decidiremos*”, y si los resultados no estarán de acuerdo a lo esperado, fácilmente (hasta casi de manera automatizada) atribuirán responsabilidad a otros de las situaciones no resueltas. Las personas reactivas son aquellas que aún no han interiorizado que la perseverancia y el esfuerzo son el camino que conllevan a logro de los objetivos de bienestar. Los resultados positivos en la vida facilitan al estado de bienestar y son en consecuencia producto de la voluntad y el esfuerzo inquebrantable por ser mejores; contrariamente las insatisfacciones o carencias incómodas tendrán una relación causal directa con el desinterés y la desidia, mas no de la voluntad de los otros.

La gente proactiva es aquella que evita reaccionar de modo negativo ante lo inesperado o desagradable, contrariamente se disponen a asumir actitud positiva ante los problemas, proponen alternativas y son capaces de emprender en nuevos proyectos (Covey Stephen, 2003).

Creatividad: La realidad cultural, social y económica del contemporáneo mundo globalizado exige que se fomente creativas e innovadoras formas de afrontar las desventajas o necesidades insatisfechas en corto o mediano plazo. Para el caso de las poblaciones en condición de pobreza, las demandas son mayores, pues son mayores las necesidades de reestructuración de sus organizaciones, así como de reorientación en la formación y desarrollo de sus potencialidades humanas.

Es fundamental que se entienda a la creatividad en el marco de la resiliencia no como una forma de creación artística, sino más bien como aquel modo en que las personas y colectividades, en mérito a su inherente potencial de adaptación, estén aptos para asumir diferentes y nuevas formas de atender a sus necesidades. Tal cualidad será más significativa en quienes fueron capaces de encontrar alternativas ante situaciones críticas, porque lograron reconocer y aceptar que los cambios, cualquiera sea su naturaleza, exigen creatividad para adaptarse a nuevas condiciones de subsistencia.

La asociación entre resiliencia y creatividad se basa en que, la creatividad es una facultad que induce a las personas a enfrentar realidades problemáticas o adversidades de formas y puntos de vista diferentes, de tal manera que se les habiliten nuevas y originales alternativas de solución. Fomentar la creatividad hará que las personas se dispongan a construir un mejor futuro, haciendo más probable que lo adverso sea entendido y percibido como una circunstancia pasajera, con la férrea convicción que en un futuro no lejano finalmente se experimentará satisfacción.

Los estados de crisis hacen que resurja o se active un comportamiento dinámico en algunos seres humanos, lo cual les permite resolver con mayor creatividad e innovación las distintas adversidades que presenta la vida. Tal capacidad para transitar entre serias adversidades, renacer con mayor fortaleza, y ser más felices y prósperos es lo que permite la resiliencia. Capuñay (2023) sostiene que, en el campo empresarial, la resiliencia se manifiesta en los individuos a través de su comportamiento creativo e innovador para la solución de problemas complejos. Consideramos que esta perspectiva de la resiliencia es perfectamente aplicable a nivel institucional, organizacional, comunitario y familiar.

La creatividad y el cambio constante en la vida son situaciones en las que existe reciprocidad, la creatividad dinamiza el cambio, y el cambio soluciona los inconvenientes propios de la realidad natural y humana. Incentivar a las personas en la utilización de la creatividad les permitirá aprovechar al máximo sus potencialidades puesto que, el espíritu humano y el cerebro son ilimitados en su capacidad creativa. Sin embargo, las políticas educativas no siempre son acertadas en la contribución para enfrentar con éxito los problemas, adversidades y el inexorable cambio social. Las estrategias de promoción del desarrollo de las personas, la familia y la comunidad, deben ir en paralelo a los cambios culturales y socioeconómicos; sin descuidar las dimensiones afectivas, socioemocionales, espirituales y cognitivas y así, las poblaciones en situación de pobreza serán empoderados para ser los trascendentales actores en la construcción de su historia.

CONCLUSIÓN

Las estrategias y políticas de desarrollo económico, de lucha o erradicación de la pobreza, deben abordar la problemática en un sentido integral, tomando en cuenta no solo factores económicos, sino también la subjetividad de quienes se encuentran generacionalmente sumidos en esta adversa condición. Las condiciones de afectividad, sociabilidad, emocionalidad, espiritual y cogniciones de las personas en condiciones de pobreza se deben tener en cuenta para abordar la pobreza. Los procesos educativos en todos sus niveles se deben incorporar los principios de la resiliencia, conceptualizada como aquella capacidad humana universal para sobreponerse a los infortunios y construirse positivamente sobre ellas. El otorgarle sentido a lo que se hace y se es, el buen sentido del humor, el autoanálisis, la autonomía, la interacción social cordial y empática, el brindar y recibir afecto, la autoestima positiva, la identidad con sentimientos positivos de pertenencia, proactividad, y la creatividad son competencias fundamentales para luchar contra la pobreza.

REFERENCIAS

- Alarcón, R. (2009). *Psicología de la felicidad. Introducción a la psicología positiva*. Editorial Universitaria.
- Bandura, A. (1987). *Teoría del aprendizaje social*. Calpe
- Byrne R. (2007). *El Secreto*. Ediciones Urano S.A.
- Capuñay Reátegui, M. (2023). *Emprendimiento, resiliencia y creatividad empresarial: factores claves de éxito*. *Para Emprender*, 1(1).
<http://journals.continental.edu.pe/index.php/ParaEmprender/article/view/819>
- Carratalá, E. (2004). *Análisis de la teoría de las metas de logro y de la autodeterminación en los planes de especialización deportiva de la Generalitat Valenciana* [Tesis doctoral, Universidad de Valencia]. <http://hdl.handle.net/10550/15432>.
- Covey Stephen (2003), *Los 7 Hábitos de la gente altamente efectiva*, Edit. Paidós.
- Ministerio de Trabajo y Promoción del Empleo (2007). *Emprende empresa 1*. 2da edición.
- Opazo Castro, R. (2004). *Psicoterapia integrativa y desarrollo personal*. En Fernández H. y R. Opazo R. *La Integración en Psicoterapia. Manual práctico*. (pp. 335 – 384). Eds. Paidós.
- Frankl V. (1979). *El hombre en busca de sentido*. Edit. Herder.
- Goleman, D. (2006). *Inteligencia social*, Edit. Kairós.
- Goleman, D. (2020). *Inteligencia emocional*. Editorial Penguin Randomo House Grupo Editorial.
- Gonzales Arratia López Fuentes, Norma Ivonne (2018). *Autoestima, optimismo y resiliencia en niños en situación de pobreza*. *Revista Internacional de Psicología* Vol.16 No.1. <http://hdl.handle.net/20.500.11799/94567>.
- Piaggio, A. (2009). *Resiliencia*. *Revista Psicopedagogía*, 26(80), 291-302. http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0103-84862009000200014&lng=pt&tlng=es.
- Posada, J. A. (1999) *Resiliencia para saltar sobre la adversidad*. Asociación Mundial de Psiquiatría Colombia. *Revista Avianca*. N.º 283.
- Rodríguez, F.; Uriol, Antonieta del Pilar. (2011), *Psicología, pobreza y desarrollo social*. Edit. Marsants. Industria Gráfica.
- Rodríguez Canales, F. F., & Uriol Alva, A. del P. (2023). *Caracterización psicosocial de riesgo en contextos de pobreza*. *Revista Social Fronteriza*, 3(4), 1–25. [https://doi.org/10.59814/resofro.2023.3\(4\)1-25](https://doi.org/10.59814/resofro.2023.3(4)1-25).
- Rodríguez, F. (2020). *Psicología de los incomprendidos*. Editorial San Marcos.
- Rutter, M (1990). *psychosocial resilience and protective mechanisms*. En J. Rolf, A.S. masten, D. Cicchetti y otros (eds.). *Risk and protective factors in the developmental of psychopatology*, pp.181-214. Cambridge: Cambridge University Press.
- Seligman, M. y Peterson, Ch. (1988). *Psicología clínica positiva*. En L. Aspinwall y U. Staudinger. (Eds). Gedisa.
- Sheldon, K. y King L. (2001). *Why Positive Psychology Is Necessary*. *American Psychologist*.

Sumner, A, Hoy, C., Ortiz-Juarez, E. (2020) Estimates of the impact of COVID-19 on global poverty. WIDER Working Paper 2020/43. Helsinki: UNU-WIDER.

<https://www.wider.unu.edu/sites/default/files/Publications/Working-paper/PDF/wp2020-43.pdf>

Taylor, G.J., Bagby, R.M. y Parker, J.D. (1997). Disorders of affect regulation. Alexithymia in medical and psychiatric illness. Cambridge: Cambridge University Press.

Tychev, C., (2005), La resiliencia vista por el psicoanálisis, en Manciaux, M. (compilador), La resiliencia: resistir y rehacerse, (pp. 185 – 201). Editorial Gedisa.